

Suspiraban todos por Jerusalem, como el caminante por las tibias brisas de Italia, cuando ha pasado muchos días en la cima de los Alpes en medio de sus eternas nieves.

Hé nos aquí frente al numeroso ejército de cruzados; la reacción que tanto tiempo ha venido provocando el pueblo mahometano no se puede hacer sentir de una manera más activa; la causa común aplicada según los fines de cada grupo social, es una misma: la religión, aunque para llegar á ella se hayan necesitado varios elementos.

Entre aquella muchedumbre armada que de todo estaba provista, menos de verdadera disciplina militar, no había un caudillo que la dirigiera, sólo se veían predicadores más ó menos elocuentes que la animaban. Cada uno de ellos forma un grupo que dirige á su arbitrio, siguiendo el camino que le parece más conveniente. Véanse consignados en la historia de esta época, nombres que representan personajes más ó menos ardorosos en su fe, que reuniendo pelotones de gentes y marchando, van sólo á perder la vida allá en los límites de la dominación cristiana ó quizás antes de llegar á ellos. Volkmar, Gotschalk y otros, aparecen entre los entusiastas iniciadores.

Surge de entre ellos el que debiera distinguirse especialmente en la primera cruzada: un hombre humilde, salido de las filas del pueblo, natural de Amiens, y entusiasta peregrino que había hecho algunos viajes á la *Tierra Santa* antes de esta expedición de que venimos tratando. Llega á verse rodeado de una multitud que lo sigue, y que se engrosa cada vez más por el entusiasmo que suscitan nuevas predicaciones.

Aquel hombre, llamado *Pedro el Ermitaño*, dirige esa masa humana é indisciplinada hasta Constantinopla; solicita una audiencia del emperador, que le fué concedida,

y allí queda esperando el auxilio de nuevos cruzados para emprender la lucha.

Pero poco tiempo le dura el ascendiente que sobre los cruzados ha ejercido; estos se dispersan llenos de entusiasmo por seguir su viaje á la *Tierra Santa*, y son víctimas de su imprudencia, destrozados por los turcos selyúcidas.

Tal fué el resultado triste del primer levantamiento popular, que no deja tras sí más que un recuerdo del fuego religioso que lo animaba, quedando de él tan sólo una huella melancólica de desastre y desolación. Pero tras las masas de labradores, vienen al siguiente año los señores de Francia, príncipes y caballeros, formados en compactos escuadrones, luciendo sus corazas y cascos; seguidos de bagajes y de convoyes de víveres que aseguran su subsistencia, y ninguna precaución se ha omitido para aquellos hombres acostumbrados á la guerra.

Este gran movimiento feudal, reviste la cruzada con la majestad de las grandes guerras y la esclarece con el esplendor de sus grandes nombres.

Los estandartes de Normandía, Flandes, Champaña, Tolosa y Lorena, reúnen bajo su sombra los dominios radicados de los feudos soberanos. Toda la nobleza se había puesto sobre las armas, teniendo á su cabeza valientes jefes como el hermano del rey Felipe, Hugo de Vermandois, y el conde de Blois.

Encabeza el ejército Raimundo, conde de Tolosa, con una leva de armas que ascendía á 100,000 hombres; su carácter, riqueza y ambición, lo deciden á partir á la cruzada.

Roberto de Flandes, de quien se contaba ya en Constantinopla la serie de sus hazañas, y Roberto de Normandía, nieto de Roberto *el Diablo*, é hijo de Guillermo *el Con-*

*quistador*, que iba buscando fortuna al frente de 10,000 ginetes, acompañan al primero; y por último, el protagonista que iba á ser de la atrevida empresa, Godofredo de Bullón, duque de Lorena, descendiente por línea materna de Carlo Magno, quien reunía á la más esclarecida alcurnia, considerables riquezas y un gran ascendiente en todas las clases sociales. Caballero piadoso y valiente, después de obtener el permiso del Papa para tomar parte en la cruzada, armóse al frente de 80,000 infantes y 10,000 ginetes y púsose en marcha para combatir contra los enemigos del mundo cristiano.

Sólo el rey de Francia queda excluído por el anatema que sobre él pesa; pero en su defecto va á conquistar el apellido de *grande* su hermano Hugo. La Italia envía como representante á Bohemundo, hijo mayor de Roberto Guiscardo, y con su entusiasta voz reúne un ejército que rivaliza con los de Godofredo y Raimundo, llevando entre los príncipes de su ejército á Tancredo, su sobrino, de quien la tradición hizo el tipo más sublime del guerrero piadoso.

Comenzábanse á despojar los árboles de su verde ropaje cayendo sus hojas amarillentas para formar un variado tapiz, cuando las masas heterogéneas de los cruzados se pusieron en marcha.

El emperador Alejo sabía ya por aviso del Papa, que 300,000 combatientes iban en su auxilio. Esta cifra colosal le hizo vacilar en la política que debería usar con los cruzados; calculaba que ante esa potencia la victoria sería segura, pero también entreveía que las ambiciones de que naturalmente tendrían que estar animados aquellos príncipes y caudillos, habían de despojarlo de todo derecho á los países conquistados. Su recelo le obliga á tomar una resolución, ocurriéndosele la extraviada idea de unirse á

los cruzados, no para provecho de ambas partes, sino para valerse de ellos en provecho suyo; prepárase á esperar los ejércitos de Occidente con las mejores muestras de distinción, pero con la absoluta exigencia de un juramento feudal.

El primero que se anuncia en Constantinopla es Hugo de Vermandois. Zarpa en Bari y desde su llegada á la capital del imperio bizantino, fué colmado de honores por una parte y de vigilantes por otra. Prestó sin titubear el juramento exigido por Alejo y esperó la llegada de Godofredo y de los otros príncipes para seguir su marcha. No estaban nada calmados los ánimos, cuando el grueso de los cruzados llegó á Constantinopla el 23 de Diciembre del mismo año, y no obstante los esfuerzos que el Emperador hizo para estrechar relaciones con ellos, como á la vez les exigía el homenaje de vasallos, no pudo conseguir un avenimiento. Apela después Alejo á la fuerza y aunque el primer ataque fué desgraciado para el imperio, el segundo alcanzó éxito, gracias á que no se reunía aún todo el resto de los ejércitos cruzados.

El ejemplo que el duque de Bullón dió á sus compañeros, influyó de una manera activa, porque todos, con excepción de Bohemundo, doblaron la cerviz ante la demanda del emperador bizantino.

Discuten luego cuál será el punto objetivo de sus armas, y se fija Nicea. La atacan el 14 de Mayo y gracias al valor de Bohemundo se ahuyenta al sultán de los selyúcidas, quedando la hermosa ciudad en poder de los soldados de la Cruz.

Durante la marcha de los cristianos hacia Antioquía, se les juntan algunos de los príncipes armenios independientes, que estaban en lucha con los selyúcidas. El ejér-

cito principal llega á Antioquía el 31 de Octubre; á su vista se presenta la bella ciudad con sus 450 torres y cuyas murallas tenían tal espesor que podía dar vuelta por ellas un tiro de 4 caballos.

El dueño de esta terrible fortaleza era el emir Baghi-Siyán, guerrero bravo y feroz, con un ejército de alguna consideración y bien disciplinado.

Ante tales medios de defensa apenas abrigaban los cristianos una débil esperanza de poseerla; colócanse en los extensos llanos del Oriente y comienzan el sitio de la ciudad. Los selyúcidas, previendo el peligro, procuran impedirles la llegada de víveres; esta determinación y la peste que cunde en el ejército sirve de estímulo á los cruzados, que con el auxilio de los armenios aprietan cada vez más el asedio.

Un ataque inoportuno de los selyúcidas es la señal que pone en movimiento al ejército cruzado. El aviso que tuvieron los sitiadores del refuerzo que debía llegar á los sitiados, los anima á dar el asalto decisivo que tuvo por resultado el triunfo de la Cruz, el 2 de Junio de 1098. Después de tomada la ciudad de Antioquía, sufren los cristianos un ataque de las fuerzas de Kerbogha, que viene á auxiliar á los selyúcidas, y que á haber llegado tres días antes habría acabado con el ejército cristiano. El resultado de este ataque fué la carestía de víveres para los cristianos, quienes sufrieron heroicamente esta situación, hasta que faltos de fuerzas y vigor para luchar, reaniman su ánimo con la leyenda ó realidad del encuentro de la lanza que hirió á Cristo, en la iglesia de San Pedro. Con la fe ó prudencia que ella les inspiró, combaten hasta vencer y se proveen de un rico botín al disolver completamente al enemigo.

Así terminó el sitio de Antioquía, que una vez en manos de los cristianos provocó una discusión relativa á si debían entregarla á Alejo ó conservarla en su poder como legítima conquista. De esto resultaron serias diferencias entre Raimundo y Bohemundo, por lo que se quedó de tal manera la cuestión hasta el otoño de 1098, fecha en que se insistió de nuevo, y además, en la continuación de la Cruzada que se siguió con dirección á Jerusalén, muy á pesar de Raimundo.

Llegan al fin los defensores de la Cruz ante la Ciudad Santa, y al ver sus muros se precipitan hacia ella en piadoso desorden sin que el peligro los arredre. Oran de rodillas por espacio de algunos instantes, y ya cuando se consideran dueños de ella organizan una procesión para dar gracias al Señor.

No por eso hay que creer que entraron sin combatir: sostienen un sitio en regla y si sufrieron alguna carestía, á tiempo fueron ayudados por unos barcos genoveses que iban bien provistos. Dueños de Jerusalén en Julio de 1099, se nombró protector del Santo Sepulcro á Godofredo de Bullón el 22 de Julio del mismo año, consiguiendo por este medio un puesto que hizo su gloria inmortal. Gobernó sólo un año, pero sus hazañas como héroe en la guerra y como príncipe prudente en la paz han llegado con gloria á la posteridad; á su muerte le sucedió su hermano Balduino I, á quien se considera como el verdadero fundador del reino de Jerusalén. Desde esta fecha hasta 1143 puede decirse que existió un verdadero reino, pues luego vegetó y vaciló entre los combates de los fatimitas y los cruzados, hasta caer de nuevo á su antiguo ser y en manos de Saladino en 1186.

El resultado de esta cruzada es el que más importan-

cia presenta á la historia: tras este movimiento se suceden seis siguientes, que son promovidos por los gritos de angustia que los cristianos sirios hacen llegar hasta el Occidente; pero ningún movimiento alcanza el éxito que el primero; los tiempos cambian, y con ellos las potencias europeas y las tendencias del mundo de Occidente. Sólo hasta la época de Luis IX en el siglo XIII, se ve una sombra del entusiasmo y fervor de los tiempos de Godofredo de Bullón y de Pedro el Ermitaño; pero el entusiasmo se acaba y desaparece para siempre con la muerte del rey de Francia en Túnez (1270).

Pero si todos los siete movimientos no obtuvieron un resultado material; si no alcanzaron su objeto, que se reducía á conquistar para la cristiandad la *Tierra Santa*, en cambio produjeron indirectamente grandes resultados. En primer lugar, el comercio y la navegación á las cruzadas debieron sus constantes progresos. La ciencia náutica, en que los pueblos avanzaron por esta época, produjo más tarde incalculables riquezas. Las raras producciones orientales que habían tenido como único depósito la India, se trasladaron después á Italia y á otros pueblos europeos. Las artes, costumbres y civilización de los Griegos fueron el modelo para el Occidente. Otro de los resultados inmediatos fué, la abolición de las guerras particulares: los grandes poseedores de tierras, ó lo que es igual, los feudales, venden ó empeñan sus dominios para procurarse los medios de ingresar en los ejércitos cruzados, y de este modo los reyes aprovechaban la ocasión de extender sus dominios afirmando la unidad monárquica. Y si es verdad que esta evolución fué lenta y trabajosa, el germen de la emancipación social y política palpita enérgico y vivaz en el alma de los pueblos europeos desde los siglos épicos de las

Cruzadas, y va produciendo espléndidas victorias que ceden en bien de la civilización y de la libertad.

Por último, el asunto ofrece á los historiadores y poetas una bella ocasión para dejarnos artísticas obras suyas. Vemos como ejemplo en el siglo XVI á Tintoreto y Bassán unir con su pincel, el recuerdo del siglo XI al arte glorioso del siglo XVI.

De la misma manera, Torcuato Tasso, personificándose con los peregrinos de 1099 enriquece la literatura italiana con su bello poema épico, en el que se desprenden grandes concepciones que el genio del autor hace brillar en toda su obra, y á la cual da el nombre de *Jerusalén liberada*.

Todos los anteriores resultados han influido de una manera muy activa en las generaciones; los conocimientos que las más inmediatas adquirieron han sido transmitidos hasta nosotros. La sangre que tantas víctimas derramaron abrió ancho paso á la corriente del adelantamiento intelectual, que con los siglos ha desbordado hasta nuestros días.

¿Podría todavía creerse inútil y estéril el movimiento del Occidente hacia el Oriente, durante dos siglos, después de examinar, aunque sea someramente, sus resultados? ¿Se negará la benéfica influencia que sobre la sociedad ejercieron las Cruzadas? Indudablemente que no; los viajes son el principio ó el complemento de la civilización del individuo, y como la reunión de individuos constituye la sociedad, ésta será civilizada y culta, si sus miembros que la forman lo fueran también.

Ahora, si la historia general nos enseña con claros ejemplos lo que puede alcanzar el esfuerzo de la humanidad cuando dirige todas sus energías hacia la civilización y

el progreso social, aprovechemos sus fecundas enseñanzas para enderezar toda nuestra actividad á esfera más modesta, pero no por eso menos noble, grande y digna: trabajemos nosotros con empeño porque el estudio haga florecer en el suelo natal las ciencias, las artes y las letras; elevémonos á la altura de las naciones más civilizadas, y todos concurrámos á que la patria sea grande y dichosa en la paz, invencible en la guerra, y á que su nombre brille en el libro de la inmortalidad.

25 de Julio de 1891.

ISABEL E. PALACIOS.

## LOS PRINCIPIOS GENERALES DE LAS CIENCIAS FISICAS.

SEÑOR SUB-SECRETARIO, SEÑORITA DIRECTORA, SEÑORES,

La tribuna es la más elevada cumbre á que puede ascender la mujer en un pueblo libre, donde á la inteligencia le prestan alas los benéficos vientos de la libertad.

Héme en ella dónde á pesar de mi insuficiencia y timidez, tengo que cumplir un sagrado deber escolar, que como tal de ninguna manera puedo rehusar, á pesar de lo grande y difícil de la obra, de la suprema dificultad de la ejecución y del selecto auditorio que me honra con su atención; mas al emitir mi débil voz cuento con toda vuestra benevolencia, y la ilustrada largueza con que disculparéis mis errores y desaciertos.

Las ciencias físicas, sus propiedades y principales aplicaciones forman el objeto de mi trabajo y ya comprenderéis, Señores, cuán basto es el horizonte que á mi vista se dilata, y cuán raquítica mi inteligencia para que os exponga y demuestre sin naufragar antes de salir del puerto, ese conjunto de leyes á que obedecen el número, el cálculo, el tiempo y el espacio. La vertiginosa carrera del pla-